

# Amor en el Salón de Fumar

27/10/56

\* \* \*

Este es el salón de fumar del "Reina del Pacífico". En el plano alguien toca, sin habilidad, pero amorosamente, "La Flor de la Canela". Un poco más allá, Carlos Daniel Valcárcel, fatigosamente —estamos en pleno trópico—, trabaja con sus fichas llenas de nombres añejos. En uno y otro lado los pasajeros de la nave beben cerveza o limonada helada mientras juegan a las cartas o leen. Afuera hay un sol esplendoroso y ardiente. En la piscina debe estar la cosmopolita decena de niños que a toda hora revuelve bordas, cubiertas y pasillos con sus agresivos juegos. Vamos rumbo a Venezuela y nos alejamos de Colombia.

Ha callado el piano. Valcárcel se ha levantado para airearse un instante y encender un cigarrillo. Uno que leía se ha quedado dormido. Otro permanece mirando el cielorraso, como hipnotizado. Levanto la vista hacia el reloj. Las once y media de la mañana. Me imagino el Jirón de la Unión, desde el café donde diariamente, con los compañeros de LA PRENSA, bebo unos cuantos "express", y puedo ver cómo transcurren en la calle los transeúntes y los vehículos. Veo también rostros de amigos y conocidos, inclusive los de algunos mendigos. Eso está igual. Me tranquilizo.

¡Porque todo en la memoria parece tan frágil! El tipo que duerme con su "pocket book" sobre las rodillas, los que juegan canasta, el que toca el piano, Valcárcel, yo mismo, somos concretos y estamos. Esto es sólido. Los recuerdos no. Parecen de vidrio. ¿Existe el Jirón de la Unión? ¿Existe la gente que va y viene por ahí? ¿Están mi casa, los míos, mis amores, como los dejé? Reconstruyo las escenas cotidianas, esas generalidades existenciales que querría eternas, y las retengo apasionadamente, pero basta que alguien pase a mi lado, y me sañude o me diga algo, para que las imágenes se esfumen. ¿Son ellas, como dijo el romántico, "mentiras del pasado"? El poeta tenía un sabor amargo en la boca, era triste y desconfiaba de la vida... No tenía razón.

En este momento un grupo heterogéneo se ha puesto a cantar una canción que aún no identifico. El mar está noblemente azul y el sol, ígneo, se arroja sobre esta parte del mundo con rayos generosos. Pronto será hora de almorzar, el único momento en que aquí no se tiene noción del tiempo. Nadie en el comedor mira los relojes. Las conversaciones recaerán en los temas insulsos con que los circunstanciales amigos desgranar su tedio. Volverán los recuerdos, volverán... En verdad, ellos nos reconcilian con nosotros mismos y nos hacen más enteros. Son el amor, y él es verdaderamente quien nos convierte en humanos. Su presencia en mi corazón, el salón de fumar del "Reina del Pacífico", justifica esta nota sentimental.

Mar Caribe, octubre, 1956.

*Sebastián Salazar Bondy*